11181

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

UNA CORONA
DE ESPINAS

DRAMA HISTÓRICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE DON FRANCISCO MACARRO.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1875.

5

UNA CORONA DE ESPINAS.

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

UNA CORONA

DE ESPINAS,

DRAMA HISTÓRICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE D. FRANCISCO MACARRO.

Ejecutado con extraordinario aplauso en varias capitales de España y últimamente en Madrid el 9 de Febrero de 1871.

ARCHIVO DE MURILLO
SEVILLA
ENRIQUE BERGAMO

SEVILLA: 1875.
IMPRENTA DE SALVADOR ACUÑA Y C.ª
Colon, 26.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/unacoronadeespin3255maça

†

Á LA MEMORIA

DE

DOÑA RAMONA ARDERÍUS DE MACARRO.

Nunca me figuré Ramona mia, que al hacerte esta dedicatoria, que te prometí en vida, tuviera que encabezarla con un signo de redencion.

Ángel tutelar fuiste siempre para mí, sélo ahora desde el cielo, única morada que Dios reserva á las almas justas como tú.

Los hijos de Melpómene y Thalía, no tenemos otro patrimonio ni consideracion, que aquella hoja de laurel que gustoso dá siempre el público sensato á quien la conquista con aplicacion; si esta brotára algun dia para mí, la depositaría anhelante sobre tus cenizas, como justo tributo á tus virtudes.

El Autor.

PERSONAGES.

Doña María de Hurtado.

Lelia.

Don Cárlos de Austria.

Pedro Lopez de Lima.

D. Luis Quijada.

La accion en Gante, el dia 17 de Enero de 1519.

Las indicaciones están tomadas del lado del actor.

Esta obra es propiedad de D. Enrique Bergali, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de Don Eduardo Hidalgo, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

ACTO ÚNICO.

Salon corto de arquitectura gótica con puerta al foro y laterales. Mesas blasonadas y taburetes de la época. En la izquierda un velador pequeño con tarros de medicinas.

ESCENA I.

DOÑA MARIA y LELIA.—La última con un vaso en la mano que contiene una medicina.

LEL. Quereis tomar la pocion?
que la hora se vá á cumplir;
el doctor os lo ha mandado
y no obedeceis.

MAR. Ah! sí, (*Completamente distraida.*)
Dime Lelia, ¿hoy no ha venido?

LEL. Poco tardará en venir.
Mas entretanto, bebed
la pocion. No esteis así?

MAR. Pero tú crees que tranquila
luego estaré?

LEL. No es decir...

MAR. Entonces deja que el alma

670116

vague sola.

LEL. Es que á mí
me está encomendado todo,
hasta el haceros reir.
Auyentar recuerdos tristes,
cuidar de ese serafin
que con sus rubios cabellos
y sus dientes de marfil,
compararlo con los ángeles
solo se puede.

MAR. Oh! sí.
Él solo mitiga Lelia
mis amarguras sin fin.
(*Ap.*) Y no viene.

LEL. Mas por Dios,
¿vais á estaros siempre así?
(*Ap.*) Pobrecita, cuánto sufre
pudiendo ser tan feliz.
(*Alto.*) Tranquilizaos!

MAR. No puedo.

LEL. Pues entónces concluí.
Voy á daros una nueva
que ha de importaros.

MAR. A mí?

LEL. Os la retardé hasta ver
si mejorábais. Oid.

Durmiendo al niño en la cuna
hace tres dias velaba.
La noche serena estaba.
Lucia bella la luna
ostentando en sus reflejos
sus ténues rayos de plata.
Yo la contemplaba grata,
cuando apercibo á lo léjos
voces de: «os voy á matar.»
(*Fingiendo tres voces distintas.*)
«De rodillas ante mí
«muere traidor.» «Ay de tí.
¡Alto á la ronda!» Llamar
á nuestra puerta escuché

«casi en el mismo momento
y temblando y sin aliento
á abrirla pronto bajé.
Cuando un hombre ensangrentado
se me presenta y esclama:
«Lelia, decid á la dama
«doña María de Hurtado,
«que no llore su horfandad
«ni su desgracia cuitada,
«que esta profunda estocada
«ha hecho su felicidad.
«Y si anhela se redima
«su ya dormida conciencia,
«que le conceda una audiencia
«á Pedro Lopez de Lima.
«En este papel os dejo
«las señas donde resido,
«y vos, no dad al olvido
«este prudente consejo.
«No temais que mal os haga,
«soy de prudencia un tesoro.
«Por silencio, tened oro;
«mas si me vendeis, mi daga
«hasta el pomo os hundiré
«si me descubrís tamada,
«con que así, sed reservada
«por si nó os mataré.»
Esto dijo, y fué al punto
dejándome este bolsillo. (*Lo muestra.*)
Yo quedé muerta de oillo
y aquí dió fin el asunto.

MAR. Oh! lo que tanto temí!
sí Lelia, sí, no te asombre;
tal vez mi dicha ese hombre
hoy me proporcione aquí.

LEL. Mas como estais delicada
si alguna emocion violenta
sufrís.....

MAR. Jamás hecho en cuenta
si estoy ó nó mejorada
cuando piensa mi razon
su noble idea correr.....

Es mejor que padecer
darle á mi alma espansion.
¿No es fatal que me taladre
el pesar en que me aflijo?
No es triste saber que un hijo
no tiene á quien llamar padre?

LEL. Mas don Carlos siempre trata...

MAR. De eludir darme su mano
y al hacerlo el inhumano,
sin comprenderlo me mata.
Un misterio le rodea
que nunca puedo aclararlo.
Quiero hoy mismo descifrarlo
aunque mi muerte yo vea.
Quizá ese hombre la clave
tenga del pesar que leo
en mi porvenir. Deseo
que este afan contínuo acabe.

LEL. Si juzgais que sosegada
escucharle prometeis.

MAR. Vé pronto.

LEL. No os altereis
Pronto vuelvo. (*Ap.*) Desgraciada!

ESCENA II.

Doña MARIA, sola.—Poco despues LELIA y PEDRO

MAR. Y quieren que me sosiegue
sin ver que al hacerlo matan
mis queridas ilusiones
que destrozadas se hallan.
¿Dónde hay humana flaqueza
que al corazon ponga trabas?
Podrá alguno, á no ser Dios,
torcer el curso del alma,
robarle su disco al sol,
quitar movimiento al agua?
Pues como á naturaleza
he de compararme sábia
si el pesar que me consume

y que derrama mis lágrimas,
si Dios no lo toma en cuenta
quién podrá darme la calma?

LEL. Señora, señora ahí viene. (*Saliendo.*)

MAR. Cómo tan pronto?....
(*Pedro aparece en el foro embozado hasta los ojos, en un ancho tabardo negro.*)

LEL. Si estaba
junto al quicio de la puerta
que parecía un fantásma.
Y me dijo con voz hueca
que daba miedo escucharla:
«Mucho habeis tardado jóven,
pues há tiempo que esperaba.»
Y qué gesto de vinagre
tiene ese prógimo.

PED. Gracias.

LEL. (*Ap.*) Ay virgen de las Angustias!
Me estaba escuchando el sátrapa.)

PED. Retiraos.

LEL. Es que yo
no dejo sola á mi ama.

PED. Señora, os ruego que al punto
procureis el alejarla.

MAR. (*Ap.*) Oh! qué recuerdo Dios mio!
Dónde he visto yo esta cara?
(*Alto.*) Tan grande es vuestro secreto?

PED. Juzgareis de su importancia
cuando solo nos hallemos.

MAR. Véte.

LEL. (*Ap.*) Me duele dejarla;
que esta ave de mal agüero
no me inspira confianza.

ESCENA III.

Doña MARIA y PEDRO.

MAR. Hablad, que ya os escucho, caballero.

PED. Mas yo debo ante todo daros gracias
por la solicitud con que atendisteis

el ruego que pedia y esperaba.

MAR. (*Ap.*) No sé por qué gran, Dios, al escucharle
imprevisto pesar aflige al alma.

PED. Existia en Castilla un noble conde
que una hija tenia idolatrada,
espejo de los ojos del anciano,
dulce consuelo y honra de sus canas.

MAR. (*Ap.*) ¡Qué oigo! ¡Gran Dios!

PED. Dad treguas al asombro
y escuchad si podeis la historia aciaga.
Durante la funesta cruel locura
que afectaba á la Reina doña Juana,
su padre don Fernando con firmeza
sus derechos al trono reclamaba:
y á tal declaracion ceder no quizo
el Rey Felipe, el archiduque de Austria.
Formáronse dos bandos en Castilla
que las dos pretensiones apoyaban
en contrario sentido. El noble conde
que desde la campaña de Granada
mostróse Fernandino, siguió al bando
que por el de Aragon fiero luchaba.
En una noche plácida y serena
que reposaba en solitaria estancia,
su mas fiel escudero le previno
que un incendio voráz le rodeaba
y que del Rey Felipe los parciales,
para prenderle en busca de él llegaban.
Cogió á la niña el amoroso anciano
y buscó su guarida en las montañas.
Un velero navío al poco tiempo
saludando las costas de la Italia,
en Nápoles, vergel de los amores,
libres de todo riesgo los dejaba.
Al año su miseria era espantosa
y á tal punto llegó su suerte aciaga,
que un pobre pescador compadecido
les ofreció su mísera cabaña.

(*Movimiento de terror en doña María.*)

Veo que vacilais, noble señora.

MAR. Oh! continuad. (*Ap.*) El pecho me desgarra!

PED. Como decia; el conde á sus pesares

á aquella proscripcion que le alejaba
para siempre tal vez de su alegría,
de su bello ideal, que era su pátria,
voló al cielo, dejando á su heredera
un nombre mancillado por la fama.

MAR. (*Ap.*) Recuerdo horrible!...

PED. El pescador humilde
prendado de la perla solitaria
que quedó por la muerte del anciano
sobre el cieno del mundo abandonada,
á su pobre pasion rompiendo el dique
abrió los ojos y el raudal del alma,
y confesóle su pasion inmensa
á aquel Arcángel que vehemente amaba.
Con lágrimas ardientes de ternura
con frases de placer centuplicadas,
el falso acento del objeto amado
de aquel amor alimentó la llama.
El amante á pesar de su miseria
á fuerza de trabajo y de constancia,
logró rompiendo del dolor los lazos,
que la vida á su amor le fuese grata.
Mas ella sima de maldad horrenda,
tanto afan le pagó con una infamia.

MAR. (*Ap.*) Cuánto sufro.

PED. Una noche en que volvía
el pescador á su tranquila casa,
á aquel nido de amor que era su cielo
testigo fiel de su honradéz sin tacha,
tres embozados viles le asaltaron,
y despues de una lucha temeraria
en que á la fuerza sucumbió ya herido,
le maniataron y en oscura estancia
cinco años, cinco siglos le han tenido
sin darse cuenta de esta accion villana.
Cuál hambriento leon acorralado
en vano á su dolor tembló su jáula,
mas en astuta sierpe convertido
pudo lograr la libertad ansiada.
Sale, inquiere, buscando por dó quiera
al bien perdido la mitad del alma.
Por fin logra saber su paradero

y en alas de su amor vuela á salvarla,
mas un mancebo se lo estorba fiero
en ruda lucha espada contra espada;
y cuando ya su vencedor estoque
vá á traspasar del jóven la garganta,
reconoce gran Dios, para desdicha
aquel que fué de su prision la causa,
niño que pronto subirá tan alto,
que aquel mas noble besará sus plantas.
Yo soy el pescador escarnecido
y vos señora del mancebo dama,
orígen de mi horrenda desventura
cuyo tremendo fallo aquí os alcanza.
*Perdono al corazon del insensato
*el que del mio al vuestro despojára,
*pues con horrible padecer contemplo
*que no es digna del mio vuestra alma.
*Mas me robó la libertad, que solo
*Dios que al hombre la dá puede quitarla
*y yo aunque humilde pescador os juro
*por la memoria de mi madre amada,
*que aunque ciña ese vil una corona
*jamás se librará de mi venganza.
Y por eso á pedir vengo en justicia
vida por vida, infamia por infamia.

MAR. Ah! Pedro, compadecedme.
Contened la indignacion.
Yo nunca os hice traicion.
Ah! por la Vírgen creedme.
Aquella noche terrible
que os prendieron con fiereza,
salí con gran ligereza
á buscaros.
PED. Es posible?
MAR. Si; mas cerca ya del rio
y del lado acá del puente,
ví un torvellino de gente.
Me acerqué á mirar... Dios mio!

(*) Pueden suprimirse los versos marcados con estrellas.

Estaba un cadáver yerto
en la arena, ensangrentado,
el rostro, desfigurado,
y os creí entónces el muerto!
y esta triste congetura
la apoyaron de mil modos,
vuestros conocidos todos
por ser igual vestidura
á la que gastabais vos,
la que el cadáver tenia.

PED. Yo aquel le maté Maria
sus culpas perdone Dios!

MAR. Qué mas angustia á mi alma
que la que entónces sufrí!
Desde aquel dia perdí
mi tranquilidad, mi calma.
El Bailio.... desdichada,
con oro atentó á mi honor,
mas yo rechazé su amor
por ser siempre pura, honrada.
Prefiriendo con rudeza
yo, título de Castilla,
antes de tanta mancilla,
el rigor de la pobreza.
Pidió trabajo mi afan,
nadie darmele queria,
y así pasé mas de un dia
mendigando cama y pan.
En tan inmenso dolor,
vino un mancebo arrogante,
que á mis pies juraba amante
si le seguia, mi honor
para siempre respetar,
y á su afecto sacrosanto
que así enjugaba mi llanto,
llegué con delirio á amar.
Hoy mi pasion mal pagada
sufre un tormento prolijo;
pues soy madre, tengo un hijo,
estoy enferma, angustiada!
Mi redencion y el eden
del altísimo he ganado;

pues que Dios me ha perdonado,
perdonadme vos tambien.
(Pausa corta.)

PED. Nunca olvidará María
que ciego os idolatraba,
y que solo en vos miraba
mi ventura y alegría.
Mas hoy mi venganza, ¡oh Dios!
sin buscarla infame es,
pues un golpe hiere á tres
y sobre todo á los dos.
Os ha dicho vuestro amante,
la social posicion suya? *(Con rapidez.)*
Que es un page...

MAR. Sí, concluya.

PED. Del augusto Cárlos Gante?
Y no comprendeis....

MAR. Señor...

PED. ¿Que un real page de su alteza,
no ostenta tanta riqueza
cual la de un emperador?

MAR. Esplicaos! *(Con ansiedad creciente.)*

PED. Lo voy á hacer, *(Pausa hasta aquí.)*
Mas jurarme por Dios santo,
el comprimir vuestro llanto
cuando esto hayais de leer.
(Mostrándola un papel, receloso y mirando á todos lados con desconfianza.)
Sufrid pues esta agonía
tranquila, sin esperanza;
ya que la desdicha mia,
á vos tambien os alcanza.

MAR. Jesus! Él.... Destino horrible. *(Despues de leer.)*

(1) Mi Juan hijo de... ha lo impío!
Oh! hijo mio! hijo mio!
Es imposible, imposible
ocultarme tal maldad!

---

(1) Este niño que mas tarde se llamó D. Juan de Austria, es el que, algunos autores creen, que fué hijo de la princesa alemana Bárbara Blomberg, y otros de doña María de Hurtado; siendo insegura hasta nuestros dias, una y otra afirmacion.

Oh! desdichada de mí,
para siempre le perdí!
Llaman. (*Suenan golpes dentro.*)

PED. ¡Oh fatalidad!
Es probable que sea él.
Disimulad, pues, señora,
y no descubrais ahora
lo que dice ese papel.

ESCENA IV.

DICHOS y LELIA.

LEL. Ah! señora! Abajo están
Don Cárlos y su escudero.

PED. Le has dicho acaso?...

LEL. Nò tal.
Mas por Dios, pronto escondeos,

MAR. No sé qué siento... me ahogo...
parece se arde mi... pecho...
(*Cae desvanecida en el sillon, por un violento golpe de tos.*)

LEL. Señora... se ha desmayado.

PED. Escuchadme unos momentos.
Si apreciais á vuestra ama
no descubrais....

LEL. Id sin miedo.
Pero escondeos que suben.

PED. En dónde?

LEL. En ese aposento.
Señora... nada no vuelve!

PED. (*Ap.*) Ah! Cárlos! ruégale al cielo
no te vuelva mi venganza
los dolores y tormentos,
con que cinco años malditos
me condenaste á un infierno.

ESCENA V.

DICHOS, D. CARLOS y QUIJADA.—D. Cárlos trae puesto un ancho ropon con el escudo en un lado de la casa de Austria, que le oculta el resto del trage hasta su tiempo oportuno.

CARL. Tuve que forzar la puerta
para llegar á la estancia.
Decid Lelia, ¿qué motivo?
LEL. Mirad! (*Descubriendo á doña Maria.*)
CARL. Maria! Qué causa?
LEL. Señor yo no sé. ..
CARL. Ah! Cielos!
Exánime!... desmayada!
Pronto, don Luis un médico.
(*Don Luis hace medio mutis hasta que á la palabra «ya vuelve,» baja «otra vez.»*)
LEL. Ya vuelve.
CARL. María habla.
Dime lo que te ha pasado. (*Cogiéndole una mano cariñosamente.*)
MAR. Cárlos!... Cárlos... Oh! Qué infamia!
(*Rechazándole.*)
CARL. Por Dios! dime que te aflige?
MAR. Ya pasó, gracias, no es nada.
Señor, retirar al punto
esta gente de la estancia
CARL. Señor?....
(*A la palabra* «Señor» *don Cárlos mira á Quijada, que le devuelve una mirada de inteligencia.*)
MAR. Es mi última súplica!
Ay! la vida se me acaba.
Otorgadme este favor!
no me negueis esta gracia.
CARL. (*Ap.*) Qué veis en esto don Luis.(*Muy bajo.*)
QUIJ. (*Ap.*) Gran señor, alguna trama (*Id.*)
que descubrir es preciso
con mucha prudencia y maña.

CAR. Retiraos un momento. (*A Lelia*)
Vos no os alejeis, Quijada,
QUIJ. (*Ap.*) Yo averiguaré el misterio
que se encierra en sus palabras.
LEL. (*Ap.*) Digo, y el otro escuchando.
Tiemblo como una azogada!

ESCENA VI.

Doña MARIA y D. CARLOS.

CARL. Maria, por compasion
sácame de esta ansiedad.
No me ocultes la verdad,
vida de mi corazon!
Qué causa pudo aflijirte
que así tus mejillas baña
de llanto?
MAR. Y esto os estraña
gran señor?....
(*Con ironia marcándole mucho las palabras gran señor.*)
CARL. Siento decirte
que me hacen mal tus palabras,
qne son crueles, agudas.
Descifra pronto mis dudas,
quiero que el pecho me abras.
MAR. Pues bien; con sinceridad
aunque estalle mi razon
y ahogue mi corazon,
os diré, pues, la verdad.
¿No es una mengua que ciña,
(*Con ansiedad creciente.*)
doble corona real
el que emplea astuto el mal
para engañar á una niña?
El que olvida hasta su honor
para lograr su cariño,
y hace víctimas á un niño,
y á un humilde pescador?

Y esto es amor? No, vileza.
que mi alma no os perdona.

CARL. María!

MAR. Vuestra corona
habeis des honrado, alteza.
Que si mintió por amor
quien vá á ser de Dios unjido,
es noble mejor nacido
cualquier pechero traidor. (*Pau*

CARL. Nunca esperé por quien soy
oir esa acusacion.
Te debo una esplicacion
María, á dártela voy.
Esto no amengua mi fama.

MAR. Pero habeis muerto la mia.

CARL. Oh! no! al contrario, Maria,
tiene disculpa quien ama,
Escúchame en conclusion
y despues juzga severa
á quien el alma te diera
por ahorrarte una afliccion.

No recuerdas vida mia
cuando bella cual la flor,
te ví pasear un dia
de la ciudad en derredor?...
Qué hermosa estabas, Maria!
siendo pura y tan honrada.
Garza tan gentil y hermosa
mi pasion desenfrenada
queria hacerte dichosa,
pero nunca desgraciada.
Yo veia que altanero
ostentando su pasion
te amaba aquel marinero,
y creí que á tu baldon
aspiraba traicionero.
Celoso, mi desventura
límites no conoció
para mi dicha segura
y en tu bienhechor cayó

el fallo de mi amargura.
Resolví, pues, sin maldad
deportarlo, mas osado
con ruda ferocidad
en cuanto se vió cercado
á uno abrió la eternidad.
Impunemente dejar
tal delito, no queria;
le hice pues encarcelar,
por ver si acaso impedia
que la ley le hiciera ahorca,
Fingí ser paje, á mi honor
el engaño éste perdona.
Soy rey, pronto emperador,
mas esta doble corona
(*Quitándose el ropon y descubriendo en el pecho el toison de la casa de Borgoña. La trusa, será de todo lujo y de faroles, conforme pintan á Carlos V el dia de su coronacion en Aix-la-Chapelle.*)
yo sacrifico á tu amor.
Sí, antes que de mí dudar
dime una palabra sola,
y me verás abdicar
esa corona española
que hoy me vienen á brindar.
Que estimo tanto tu honor
que por distinguido alabo,
que mas quiero por tu amor
ser á tus plantas esclavo
que de la Europa señor.

MAR. Ah! Carlos. Si yo me aflijo
ahora constantemente
es porque no tiene mi hijo
tu apellido.

CARL. Ese inocente
llevará pronto, de fijo,
un nombre que en el crisol
se funda de mi grandeza
que es tan alta como el sol.
Que tú eres por tu nobleza
digna del sólio español.

A él te elevará mi amor.

MAR. Tú, Cárlos?

CARL. Sí, sí, María.

MAR. Oh Dios! (*Apoyándose en el sillon y tosiendo convulsivamente.*)

CARL. Pero qué temblor!...

MAR. Esta es la santa agonía
que me concede el señor!

CARL. Quijada, pronto un doctor.

MAR. Será inútil, mi fin siento.

CARL. Lelia! (*Quijada y Lelia se presentan, y don Luis despues de saludar, se marcha precipitadamente y vuelve á poco.*)

LEL. Señora! Qué horror!

MAR. No te apartes un momento,
(*Trayéndolo hácia sí y abrazándolo con ternura.*)
de mí, Cárlos!

CARL. !Oh dolor!

MAR. Morir cuando... me... convida
con la.... ventura tu amor.

CARL. Vive mi prenda querida.
Un milagro haced señor
y en cambio tomad mi vida!

MAR. Es tarde.
(*Un fuerte golpe de tos la agita convulsivamente por algunos momentos.*)

CARL. Sueño!... Ilusion!.

MAR. Oh! no! Es la horrible verdad.
Ay! se me vá la razon!

LEL. Señora!....

MAR. A Dios acatad!
Carlos.... de mi corazon,
cuida mucho no olvidar
al bien por quien yo me aflijo!
Es huérfano! Amale...

CARL. Amar...

MAR. Llevadme junto.... á... mi hijo.,
quiero á su lado espirar!
(*Cojen el sillon entre Quijada y D. Cárlos y se lo llevan.*)

ESCENA VII.

D. PEDRO, solo.—Observa detenidamente cuando se llevan á doña Maria, y luego baja con precaucion. Durante la escena se vé por el balcon el reflejo de la gran iluminacion de la ciudad, y se oyen músicas lejanas y vivas que aumentan hasta el final del acto: todo de manera que no interrumpa la representacion.

PED. Será posible? Oh! Lo he visto.
Muere y le otorga el perdon...
Pero yo no le perdono
(*Con furor reconcentrado toda la escena.*)
que él me ha robado mi amor,
y mi tierna juventud
su perfidia marchitó.
Venganza pide el agravio
y la obtendrá mi furor.
Juan Padilla y Maldonado
héroes en España hoy,
caudillos que solo ansían
ver de libertad el sol
irradiando aquella tierra
que amparo le dió á Colon,
premiarán con doble dádiva
tan señalado favor
si á cercen corto esa vida
de la Europa terror hoy.
Que es el rey.... poco me importa.
Mis celos emponzoñó!
Que baje pues á la tumba
sin encomendarse á Dios!
aunque el mundo miserable
me escupa por mi baldon!
Iluminante ciudad.
(*Con sarcasmo mirando por la ventana.*)
Danzen en tu alrededor
con vivas y con banderas
de alegre música al son,

esa necia muchedumbre
que aplaude á un emperador,
que hoy mi daga estorbará
que suba al sólio español.
El viene.
(Se oculta detrás de la puerta del foro. Al pasar don Carlos trata de herirle, mas Quijada, que antes se le habrá visto observarle detenidamente, le sugeta el brazo por detrás dándole una puñalada en el pecho.)

ESCENA VIII.

PEDRO, D. CARLOS y QUIJADA.

CARL. Se muere! cielos!
PED. Ay de tí.
QUIJ. Muere, traidor!
PED. ¡Jesus!
CARL. Qué es esto, Quijada?
QUIJ. A mataros fué á traicion,
pero antes que á vos llegara,
le he partido el corazon.
CARL. Ah! regístralo enseguida.
No sé qué temo buen Dios.
No le encuentras nada?
QUIJ. Nada.
CARL. Pero sabes quien es?
QUIJ. No.
CARL. Lo adivíno. Un comunero
vendido al oro español.
QUIJ. No profirais tal blasfemia,
no la profirais, señor.
En el suelo de Castilla
puede una equivocacion
hacer que cambie un partido
de bandera por error;
pero jamás se asesina
como serpiente feroz.
Allí se mata de frente,

pero por la espalda nó.

CARL. Pues si no es un comunista,
¿quién es pues ese traidor?
(*Pedro que sigue revolcándose en el suelo con el estertor de la agonia, reune sus fuerzas y dice lo siguiente:*)

PED. No es un traidor el que quiso
daros la muerte, no, no.
Mira bien, Cárlos de Austria,
yo soy Pedro el pescador.

CARL. Eras tú? Yo te perdono.

PED. Yo no quiero tu perdon...
ni ante la tumba lo acepto.

CARL. Qué dices, villano?

PED. Oh!
Ten para remordimiento
mi postrera maldicion. (*Espira.*)

CARL. Jesus! Ah! no puedo mas!

QUIJ. Tranquilizaos, señor.

CARL. Oh! mis delitos son tales
que no hay para mí espiacion.
Pero qué voces son esas?
(*Suenan vivas. Cárlos mira por el balcon.*)
Esas músicas, qué horror!
son horribles funerales,
que hieren mi corazon.

QUIJ. Son las fiestas con que Gante
festeja á su emperador,
ya que una doble corona
le ofrece el pueblo español.

CARL. Una corona de oro
me ofrece la España hoy,
sin mirar que ya la lleva
de espinas mi corazon.
Ah! Pero en tanto Maria...
quiero verla.

QUIJ. Por favor.
(*Impidiéndole el paso con respeto*)
No paseis en este instante
porque es un crímen atroz.
La auxilia un sacerdote.
Dejadla en su contricion

que olvide mundanas pompas,
y se consagre al Señor.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y LELIA.—Esta se presenta en el foro con muestras del mayor abatimiento. D. Cárlos al verla se precipita á su encuentro en la mayor ansiedad.

CARL. Ah! Lelia... Decid .. Maria?...
LEL. Está allí! (*Señalando al cielo.*)
CARL. Cielos! Murió!
Acoje á esta santa martir,
bajo tu amparo, Señor,
(*Cae de rodillas ahogado por los sollozos.*)
y este llanto la redima
de mi bastarda pasion!
V. DENT. Viva! viva!
CARL. Ah! gente impía!
(*Asomándose al balcon.*)
sin respetar hoy mi lloro
me ofreceis en mi agonía,
una corona de oro,
cuando es de espinas la mia.
(*Telon rápido.*)

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Un Alcalde justiciero, tres actos y en verso.
El Hijo de Sancho Diaz, cuatro actos y en prosa.
La Redencion de una Madre, en tres actos y en prosa (1).
Autor y Protagonista, en tres actos y en prosa.
Los Mártires del Arahal (primera parte), en un acto y en verso.
El Grito de la Libertad, (segunda parte de la misma), en un acto y en verso.
Un Amigo como hay muchos, en un acto y en verso (2).
Retratar en carne humana, en un acto y en prosa.
Trapisondas por amor, en un acto y en verso.
El Sacristan de San Justo, en un acto y en prosa.
Los Postres de una cena, en un acto y en prosa.
Una Corona de espinas, en un acto y en verso.
El General Bonete, dos actos, en prosa y verso.
Doblete Recodo y Palos, en un acto y en verso.
Un Concierto bufo, apropósito en cuatro hojas y en verso.
Cazar cantando, zarzuela en un acto, en prosa y en verso.
El San Antonio de Murillo (loa), en un acto y en verso.

NOVELAS.

FRANCISCO MA....LDONADO, historia de un cómico.
ALFONSO II EL CASTO.

LAS VIOLETAS, coleccion de poesías.

(1) En colaboracion con D. Eduardo Montesinos.
(2) Idem del mismo autor.

OBRAS CUYA PROPIEDAD PERTENECEN

Á DON ENRIQUE BERGALI

AGENTE MUSICAL Y DE TEATROS

Velazquez 13.—Sevilla.

LA ESPOSA MÁRTIR, drama en tres actos y en verso, de Vivancos.

MARTIRIO DEL CORAZON, drama en cuatro actos y en prosa, de Berenguer.

CELIA, juguete cómico en un acto y en prosa, de Macarro.

UNA CORONA DE ESPINAS, drama en un acto y en verso, de Macarro.

MADRID DE NOCHE, zarzuela en un acto, en verso y prosa, de Vallejo.

MÚSICA DE LA MISMA, de Reparáz.